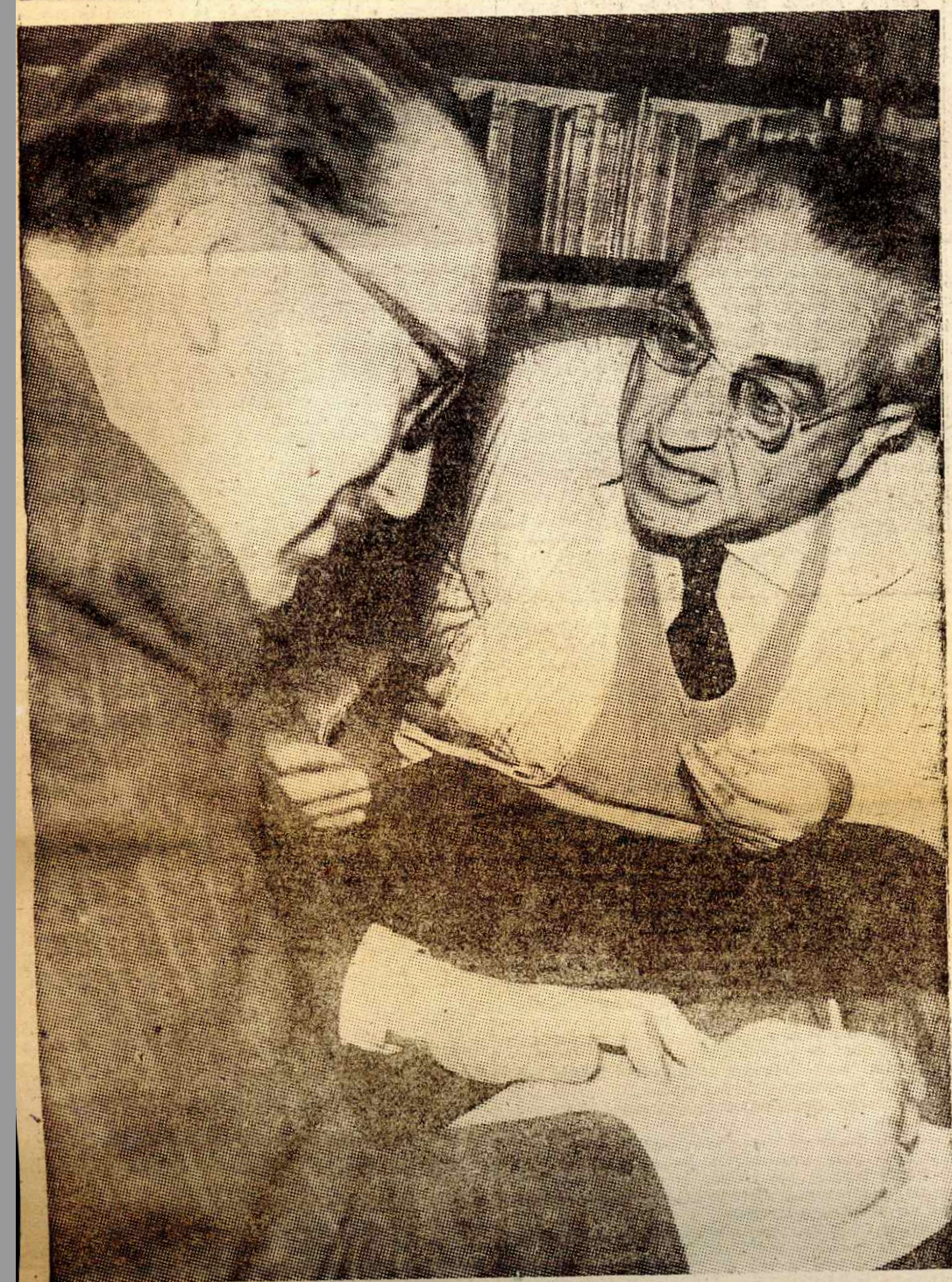


JUAN ANTONIO DE ZUNZUNEGUI



En su discurso de ingreso en la Academia, el escritor situará a Pío Baroja dentro de la novela de los siglos XIX y XX



«EL AUTENTICO NOVELISTA ES INFERIOR A SU OBRA, PORQUE LA CREACION NO ES UN PROBLEMA DE INTELIGENCIA, SINO DE MILAGRO»

RECUERDO mi última visita a la casa del novelista Juan Antonio de Zunzunegui. Subí al alto y luminoso piso de la calle de Viriato cuando el escritor acababa de regresar de un largo viaje por Centro y Sudamérica. Juan Antonio había sido elegido miembro de la Academia Española precisamente en ausencia suya. Le ocurrió como a Jacinto Benavente con su Nobel: la distinción se produjo cuando el dramaturgo se encontraba de viaje hacia América. No era mala noticia, pues, la que aguardaba a Juan Antonio a su regreso. Una victoria refinada, lograda limpiamente, en clara batalla, por sus obras. Porque Zunzunegui es uno de esos escritores de esquema amplio y humano. Su obra no es la mezquina y regateante colección de unas breves páginas dolorosamente producidas a lo largo de los años. Sino el torrente poderoso e inteligentemente encauzado del verdadero creador literario. Así fue en Galdós—el escritor a quien el autor de «La quiebra» y «El camión justiciero» admira tanto—y así ha ocurrido también en Baroja, el gran novelista—vasco como él—, cuyo sillón va a ocupar desde el domingo Juan Antonio de Zunzunegui en la Real Academia Española de la Lengua.

Ha elegido el nuevo académico como tema de su discurso la figura de Pío Baroja dentro de la novelística española. Sus rasgos originales, la esencialidad de

su creación. Es Zunzunegui el quinto académico que se sentará en la silla «a» minúscula desde que ésta se instaló en la docta corporación. Le han antecedido, sucesivamente, don Juan de la Pezuela y Ceballos, conde de Cheste; don Antonio Hernández y Fajarnés, don Leopoldo Cano y don Pío Baroja. El autor de «La busca» tomó posesión el 12 de mayo de 1935. Juan Antonio de Zunzunegui va a hacerlo el 24 de abril de 1960.

Los libros están igual que durante mi última visita en el piso de la calle de Viriato. Alguna foto, algún original de portada de novela propia se intercala en ellos. Colosal, como un dios oceánico, don Benito Pérez Galdós, en ese barro cocido de Victorio Macho, boceto del gran monumento de Canarias, que Zunzunegui tiene en un rincón de su despacho. Mi entrevista es, casi un «decíamos ayer»...

—Vine a verte cuando acababas de ser elegido académico. Ahora apenas faltan horas para tu toma de posesión...

—Sí, es cierto. Como sabes, la noticia de mi elección me cogió fuera de aquí. De un modo muy curioso. Regresaba yo de una playa mexicana famosa, la de Acapulco, a la capital, en avión. Sentado en la butaca observé que, frente a mí, una señora iba leyendo una revista de cine. Allí, en la revista, venía mi fotografía. Me fijé más y leí un título reve-



lador: «Novelista académico.» Esta fue la primerísima noticia. Pero en seguida me sacó de ella algo raro que ocurría. «El avión pierde gasolina», me dijo mi primo. Y en efecto, el aparato intentaba el regreso al aeropuerto de salida, donde ya estaban preparados incluso los extintores, en previsión de una catástrofe. Nos salvamos por milagro. Y yo pensé: «Tendría gracia haber sido inmortal por tan poco tiempo.»

—Aparte ese incidente, ¿cuál fue la primera impresión que te produjo el saberle académico?

—Me halagó, como es natural. Y en seguida comencé a pensar sobre qué tema hablaría en el discurso de recepción. Luego, al saber que se trataba del sillón de don Pío, comprendí que él era el mejor tema.

—¿Cómo lo has enfocado?

—Lo que yo hago es situar a don Pío dentro de la novelística de los siglos XIX y XX. Ya en descenso del ápice de la novela que es Galdós, don Pío airea y da a la novela clásica cerrada del XIX una mayor rapidez; la limpia de retórica; le da una ternura, lirismo y emoción que no tenía y, so-

bre todo, la saca del escenario netamente español y la llena de preocupación por la vida y las ideas europeas.

—Tu juicio literario sobre él...

—Es uno de los más grandes novelistas españoles, un extraordinario narrador y, sin duda alguna, el primer paisajista de la literatura española. Su talento de escritor es de lo más original. Y como vasco, es el más grande escritor, cantor y pintor que han tenido la raza y el pueblo vascos y que tendrán, posiblemente, en lo sucesivo.

Juan Antonio insiste en este matiz acerca del novelista:

—Tiene páginas, sobre todo entre sus libros vascos, de un patetismo desgarrante y bellísimo. Quiero que recalques todo esto—prosigue—, porque estos días hablé también sobre el tema y, sin duda, por falta de espacio, al publicarse mis contestaciones quedó en ellas sólo la parte negativa de la labor de don Pío y no los grandes méritos del mismo, de los cuales también hablé.

—Y entre esos méritos...

—Como persona, don Pío, a pesar de su aparente rudeza y hosquedad, era un alma sencilla y un corazón bueno y sensibilísimo. Hay en sus Memorias una anécdota que lo retrata de cuerpo entero: se está muriendo su madre, doña Carmen, y el sacerdote está con ella en los últimos momentos, ayudándola a bien morir. Don Pío espera fuera del cuarto... En esto, el sacerdote se retira y, al salir, tropieza con Baroja, que está a la puerta. Se miran los dos hombres y el cura le dice: «Su madre es una santa mujer, limpia

documentado y está escrito con un gran amor por don Pío, y entre los libros de ambiente y anecdóticos, «Pío Baroja, en su rincón», de Miguel Pérez Ferrero, que es delicioso y en el que el ambiente y manera de contar vasca están logradísimos, y «Baroja y su máscara», de Marino Gómez-Santos, donde los diálogos y conversaciones están tomados con una bella veracidad.

—¿Crees que don Pío, como escritor vasco, representa a la región?

—Sí, quitando los ex abruptos que hay sobre Bilbao y San Sebastián. Incluso en las mujeres. Ya sabes que Baroja no es escritor que se distinga por sus personajes femeninos. Sin embargo, las mujeres vascas que retrata están admirablemente pintadas, entendidas con una ternura y cariño excepcionales en su obra.

—¿Cuándo te pusiste a trabajar sobre tu discurso académico?

—Al regresar de mi viaje por América. Naturalmente, yo estaba ya muy metido en Baroja. Le leía desde chico, en la Universidad. Y algo curioso: a los dieciocho años, antes de publicar mi primer libro, firmé con el seudónimo «Zalacain» mis primeros trabajos periodísticos.

—¿Qué piensas del idioma de don Pío?

—Su castellano, contra lo que se ha dicho, es poderoso y admirable y sirve maravillosamente a la novela con un gran poder de incorporación. Ocurrir en esto de la novelística que aquel que parece que tiene por gracia divina la lengua, a la segunda o tercera página te aburre. Baroja habló el vascuence, y éste es un idioma de sangre, no un idioma de cultura. Idioma para la labranza, para el campo, para el caserío, para los animales. Lengua poderosa y vital.

—¿Te has propuesto en algún momento ser un escritor vasco?

—Me propuse, simplemente, ser un escritor. Prueba de ello es que mis mejores novelas son quizá las de Madrid. Escribí, desde luego, mucho, sobre mi región. Pero aspiro a un mundo y ámbito completo. Tengo en preparación varias novelas de provincias españolas.

—¿Cuántos libros tenías publicados al ser elegido?

—Dieciocho. Ahora ya son veintinueve.

—Quiere decir que en este tiempo que media de la elección a la toma de posesión has hecho tres novelas y el discurso.

—Yo soy facilísimo para escribir. Además, sólo escribo en verano. Aquí apenas hago nada. Donde mejor trabajo es donde consigo dormir, junto al mar. Por eso, los veranos me voy a Alicante o a Málaga.

—¿Qué tienes ahora entre manos?

—Dos novelas. Una, concluida, «El mundo sigue». Y otra, «El premio», casi terminada. Esta última es de la misma medida de «La mujer sobre la tierra».

—Pocos escritores actuales pueden mostrar una obra tan extensa, ¿no te parece?

—Yo creo que en la obra de un escritor tiene mucha importancia la extensión. Mira el caso de Balzac, el de Dickens... Sus obras hacen muchos tomos y volúmenes.

—Eso quiere decir que estás en pleno impulso creador.

—No le pido a Dios más que salud. Tengo doce o quince novelas grandes en la cabeza que me gustaría hacer. Y creo que estoy en mi mejor momento de escritor.

—¿Cuál es para ti la clave, el secreto del hacedor de novelas?

—Pienso que la intuición es lo esencial en la novelística. La definición que la Academia

da sobre la intuición la encuentro insuficiente. Para mí, quien la ha definido con mayor claridad ha sido Bergson, al decir: «La inteligencia busca lo que no encuentra, el instinto encuentra lo que no busca.» En la intuición hay siempre algo de milagro. El auténtico novelista es inferior a su obra. La novela no es un problema de inteligencia, sino de milagro. De otro modo; aquello que dijo Picasso, hablando de su propio arte: «Yo no busco; encuentro.»

—¿Quiénes firmaron tu propuesta académica?

—El duque de Maura, Melchor Fernández Almagro y Gerardo Diego. Este último será el que me conteste. Su discurso es bellísimo. Y lleno de cariño hacia mí.

—¿Fue muy laboriosa la preparación de tu discurso?

—Bastante. Al llegar de Méjico me releí Baroja entero. Tomé multitud de notas. En este trabajo, que es un estudio sincero y a fondo, incluso las objeciones que le pongo en algún momento como novelista se las pongo en las notas. Demuestro cómo, a pesar de los gramáticos y de la gramática, él es un gran escritor, pues no se puede llegar a más con más economía de medios. Además, Baroja es un narrador extraordinario, de una gran sobriedad y belleza. Y tiene lo que suelen tener los escritores vascos: buen gusto. Jamás caen en cursilerías.

—¿Hablaste personalmente con Baroja muchas veces?

—Unas doce o quince. Fui allí, al pisito de la calle Ruiz de Alarcón, y estuve con él. En su tertulia. Ya sabes cómo era él, que hablaba con todos y de todo y no presentaba a nadie.

—¿Has asistido a muchas recepciones académicas?

—A bastantes. Recuerdo las de Pedro Lain, la de Vicente Alexandre, la de Wenceslao Fernández Flórez y alguna más.

—¿Para qué crees tú que vas a serle útil a la Academia?

—Hombre, creo que en cuanto al idioma. A mí me han preocupado siempre los temas de semántica española. Y puedo servirle en cuanto hace a las palabras vascas. Aunque exista ya un vocabulario vitoriano, de la provincia de Alava, compuesto por Federico Baraibar, director del Instituto de Vitoria, y también esté, en lo bilbaíno, «El vocabulario del bilbaíno neto».

—¿Cómo es que tu viaje a América no ha producido en ti una novela?

—Pues... no sé. La verdad es que yo habría querido hacer una novela de Cuba, la novela del negro. Allí los blancos tienen cada vez menos hijos y los negros más. Llegará un día cuando la raza negra predomine... Pero no haré esta novela ahora. Están esas otras de las provincias, de que te he hablado. Tengo en mis notas, en el telar, en eso que yo llamo «sala de galibos», una novela gallega, otra de Cartagena y la novela del puerto de Santander...

Y Juan Antonio dice esto sencillamente, sin dar importancia a su labor grandiosa de novelista, postulador de un mundo y un estilo, amplio conocedor de su época. De escritor que llega a la Academia con un bacaje creador excepcional, acompañado de todos esos hombres y mujeres vivos para siempre en sus libros y que va a sentarse en el sillón ocupado un día por Pío Baroja, otro novelista hispanico, racial, extenso y profundo.

Julio TRENAS

(Fotos Verdugo hijo.)